

Tremendas cifras



Consagradores del mundo

Las técnicas nos están proporcionando ventajas colosales, pero al mismo tiempo están contribuyendo a la miseria de la Humanidad. Parecía imposible. He aquí lo que nos dicen las cifras. Que en 1938 sólo el 38 por 100 de la Humanidad pasaba hambre, en 1950 ya el hambre llegaba al 50 por 100, en nuestro año actual se cita el número 70 por 100. Progresión casi geométrica. ¿Y para eso tenemos hoy más neveras, más aviones, más televisores? ¿Será para enfriar los corazones, precipitar los acontecimientos o espectacular el hambre universal?

Las tremendas cifras vienen a confundir a un mundo a punto de estar satisfecho de sí mismo (en los cenáculos de los que comen). Cifras que dicen casi lo mismo respecto a los sin vivienda y casi lo mismo a los sin cultura (hoy, tres de cada cinco hombres son analfabetos). Y casi lo mismo respecto a los sin trabajo (en 50 por 100 de la población activa en los países subdesarrollados). Es decir, tan sólo una minoría goza medianamente los bienes de una cultura tan precipitada que se ha dejado a las masas peligrosamente atrás.

Las tremendas cifras que no suelen airearse en la prensa diaria, porque duelen demasiado e inquietan a los que convendría dejar quietos (el hambre acaba de paralizar, y la incultura por idiotizar, y el ocio por aburrir definitivamente). Por eso el mundo todavía vive girando en torno de problemas que se inventan los de arriba, que si Berlín, que si Argelia, que si Angola... Los del hambre, los de la ignorancia, los del hastío ni votan ni les va en el asunto, únicamente sirven al caso para morir por estas cosas legalmente ametrallados.

Las tremendas cifras, las que siguen contándonos lindezas por el estilo así señalan la diferencia en el nivel medio de existencia. En Estados Unidos ya se acerca a los sesenta años; en los países de Asia no pasa de los treinta y cinco. Idem más respecto al nivel de vida: en 1938, el de Estados Unidos era quince veces más elevado que el de la India, en la actualidad ya es treinta y cinco veces más. Todo lo cual sigue diciendo que, a pesar del cacareado humanitarismo de este tiempo y de las democracias y de los esfuerzos religiosos, la Humanidad es cada vez más cruel, más injusta, más escándalo ante Dios y ante los hombres.

El ángel bueno de Rabindranath Tagore nos regaló un cálido pensamiento sobre el mundo. **Sachitananda** es la palabra, melodiosa como todas las suyas, que cristaliza esa idea radiante. En ella podemos recoger tres dulces irisaciones de luminosidad, sabiduría y amor del corazón naturalmente cristiano de Tagore.

Sat es una admiración virginal ante el mundo. Me alío con él, porque es puro en esencia y porque los dos descendemos de las manos buenas de Dios. El mundo y yo somos una alianza en el ser. Comulgamos en este único don.

El abrazo en una nueva amistad, en la sabiduría; eso es **Chit**. Del seno del mundo voy libando mi saber. El mundo es una ofrenda a mi espíritu, a mi entendimiento creador.

Ananda es la alegría del hombre y es el amor. De la común existencia emerge una hermandad de amor entre el "yo" y el mundo "cósmico", immaculado, en sus entrañas. El cristiano sonríe al cosmos. Sólo el hombre-pecado ha visto en la Creación una apostasía. Cuando en el ser humano el hombre-santo ha vencido, no duda en abrazarse a las criaturas que devienen "los mejores templos de la divinidad". La Creación es la coleccionada más perceptible del corazón de Dios.

El Maniqueísmo fue una obsesión de pecado. Para nosotros el Universo es algo esencialmente transparente, es en su raíz el reino de Dios. La escoria es tan sólo un mal accidente. "El mundo es la gran herida de Dios" que, por misión suya, debemos curar los cristianos. El Padre común nos ha impuesto nuestro quehacer: la consagración del mundo por nuestro sacerdocio bautismal actuante y rescatadora. Que brille en el mundo el rostro desempañado del Padre.

Sea nuestro existir una contemplación pausada y gozosa del reverberio divino en el ser de la Creación; nuestra ciencia, una proximidad consciente y operante del sentido luminoso del mundo; sea, en fin, nuestro amor la expresión de una benevolencia profunda hacia el hombre y cuanto le rodea. ¡Transfiguremos el mundo, hermano!

J. Intxausti